

Aguas aéreas

Apuntes sobre Tablada

David Huerta

Durante largos años, el poeta José Juan Tablada (1871-1945) esperó la publicación en Europa de una antología de sus poemas. El “Abate” José María González de Mendoza lo ayudaba como intermediario con el escritor peruano-parisién Ventura García Calderón, quien se había comprometido a conseguir la edición del libro echando mano de sus influencias y conocidos. La paciencia de Tablada se explica únicamente por las ilusiones de ver su libro antológico salido de unas prensas de Francia. Con dos años de retraso en la publicación, en el año 1927, el poeta le escribió a su amigo González de Mendoza: “Si de paso me dice usted algo de mi libro en poder de Ventura y hasta hoy desventurado, mi agradecimiento subirá de punto”. El juego de palabras (“Ventura / desventurado”) me recuerda los del *Quijote*: Cervantes “es más versado en desdichas que en versos”, dice el cura en el escrutinio de la librería, por ejemplo; y hay un juego muy semejante al de Tablada en el quinto capítulo de la Segunda parte, cuando Teresa Panza le dice a su marido lo siguiente:

—Idos con vuestro don Quijote a vuestras aventuras y dejadnos a nosotros con nuestras malas venturas, que Dios nos las mejorará a nosotras cuando seamos buenas.

El editor moderno de ese libro malhadado de Tablada fue el profesor universitario Héctor Valdés, a quien recuerdo como un hombre de extremada gentileza y como un investigador de raro profesionalismo. *Los mejores poemas*, el libro así titulado desde 1925, cuando aún estaba inédito, fue rescatado —para conmemorar el centenario del nacimiento del poeta— en la colección Biblioteca del Estudiante Universitario (BEU)

con una presentación de Héctor Valdés y con el viejo prólogo del “Abate” González de Mendoza. La primera edición en la BEU de *Los mejores poemas* de Tablada fue, pues, hecha en 1971 y el libro se ha reeditado en 1993 y reimpresso en 2008; eso debe significar lo siguiente: la poesía de Tablada sigue despertando el interés de la *inmensa minoría* de los lectores de poemas en nuestro país. Aun cuando se lee sobre todo en antologías, hay una porción de la comunidad lectora interesada en conocer directamente esta reunión de poemas tabladianos, hecha con discernimiento crítico y autocrítico.

El llamativo poema “Tianguis”, admirable composición de Tablada, me ha acompañado durante largas décadas; lo leí por primera vez en mi adolescencia, es decir, hace casi medio siglo. La razón, doble, de esa compañía es fácil de explicar y entender: su ostentoso mexicanismo y su curiosa versificación; sobre esos dos puntos podría escribir largamente —no sé si con buen juicio— pero aquí me limito a dejar sólo un puñado de observaciones de lector —ni filólogo ni crítico ni historiador.

Casi sobra decirlo, pero lo diré de todas maneras para no dejar cabos sueltos: ese poema tabladiano me gusta mucho. El mexicanismo de esos versos me llama menos la atención ahora, en 2012; lo considero una vertiente de la fascinación por lo exótico, fascinación tan distintiva de Tablada, viajero, turista y observador lleno de curiosidad. Tan exótico le parecería al poeta un jardín japonés —como el diseñado y construido por él mismo en su casona de Coyoacán— como un mercado de indios en un ardiente domingo del Altiplano mexicano. Su propio país y el lejano archipiélago serían a sus ojos igualmente intrigantes. La

historia habría de imponer un sello ardiente en las aficiones exotistas del poeta. Nadie lo ha escrito como José Emilio Pacheco, en el prólogo a su imprescindible *Antología del modernismo (1884-1921)*, la mejor introducción a esa zona fundamental de la poesía mexicana. Escribe Pacheco en ese prólogo:

Los zapatistas irrumpen en el jardín japonés que Tablada cultiva en Coyoacán. Puede imaginarse el asombro de los campesinos ante la utilería *Art Nouveau*, los biombos, las figulinas, los Budas de basalto. Se irán, pero no sin dejar su huella, brutal y verdadera.

Esa casona existe todavía. Está en la cerrada de Eleuterio Méndez, a una cuadra de la avenida División del Norte; ha sido local de una escuela de escritores durante largo tiempo. Las consejas afirman algo muy fácil de sospechar: el fantasma del poeta Tablada anda por las noches por la casa; debe uno preguntarse si va vestido con sus batas de seda japonesa.

“Tianguis” pertenece a la “época moderna”, ente 1919 y 1930, de la obra poética de Tablada. Esa división en épocas divide en tercios la antología de 1925, ampliada al paso de los lustros y las décadas siguientes: primero, los *poemas de juventud* (1892-1900); luego, los de una *época media* (1901-1918) y finalmente los de la *época moderna*, entre los cuales aparece el poema sobre el mercado indígena.

En 2012 he releído “Tianguis” con un grupo de compañeros universitarios con quienes estudiamos, página tras página, semana a semana, despaciosamente, la *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, de Bernal Díaz del Castillo.

Al comenzar esas jornadas —puedo llamarlas “bernalinas” —, decidimos algo, creo, bastante sensato: pues ya conocíamos en sus líneas generales la historia contada en ese libro venerable —su secuencia episódica, su desenlace, sus escenas principales—, nuestro foco de interés, sin olvidar el interés histórico, sería más bien lingüístico. Como siempre, tenemos en nuestra mesa de trabajo, en el seminario, un ejemplar del *Quijote* y a lo largo de los primeros treinta capítulos del libro de Bernal descubrimos decenas de coincidencias en los dos libros —el extraordinario testimonio histórico-épico, la novela maravillosa. En realidad, unas pocas décadas los separan y no es sorprendente descubrir esas afinidades y convergencias. ¿Dónde aparece José Juan Tablada, poeta modernista, en este cuadro de pequeños estudios históricos y lingüísticos? Nos llamó la atención cómo Bernal utiliza, acaso por primera vez en un texto escrito en español en América, algunos términos; por ejemplo, la palabra para designar el mercado indígena: “*tianguéz*”, según la escribe él; además de otros vocablos presentes en el poema de Tablada, como “chalchihuites”:

Los áureos chiquihuites
están llenos de chalchihuites.

Estas líneas (un heptasílabo, un eneasílabo), insólitas por su resonante mexicanismo, leemos en “Tianguis”, memorablemente, en la descripción o evocación poética del mercado indígena; esos dos versos son los más citados por mí cuando se menciona a Tablada en la conversación —me parecen espléndidos, encantadores. Los chiquihuites son canastas de mimbre, cestos carentes de asas; los chalchihuites —Bernal escribe la palabra de diferentes maneras— son pedazos de jade, a veces confundido con las esmeraldas, como consta en los *Memoriales* de Motolinía. (Hay lectores a quienes les dan risa. ¡Palabras de indios en un poema culto, y además con todos esos sonidos con el dígrafo *ch* en posiciones tan notorias como principio y parte mediana de las palabras, sonidos cuya articulación suele provocar sensaciones de comicidad! El racismo soterrado de esas reacciones entra en curso de colisión con el prestigio de Tablada en el horizonte de nuestra cultura literaria).

Ya se sabe cuánto llenó de admiración a los conquistadores el espectáculo del comercio indígena en la capital de los aztecas: he ahí otro punto sensibilísimo de contacto entre el poeta modernista y el conquistador y memorialista del siglo XVI, el admirable Bernal Díaz del Castillo.

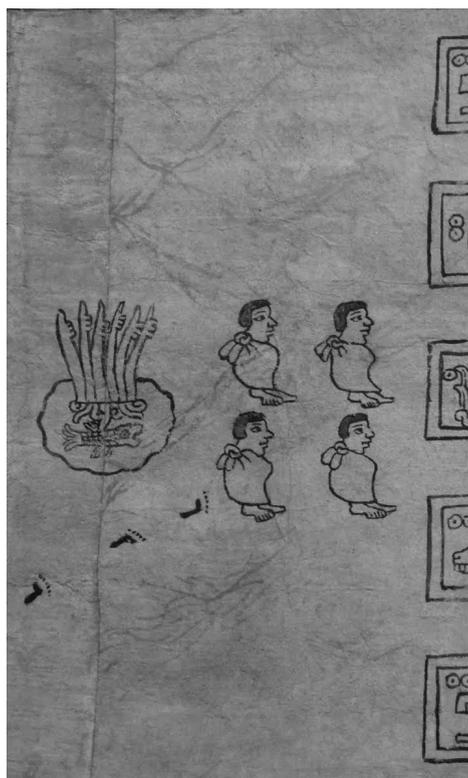
El día de plaza es, para los indios serranos, “de trabajo, pero de alegría”.

Desde ayer, de la azul serranía
descendieron los indios marchantes
hasta los hondos valles...

Esa imagen es la misma, y a la vez contrastante, de los indios —“marchantes” también—, en *Pedro Páramo*; digo contrastante, pues en la prosa de Rulfo no hay alegría; he aquí el principio de ese pasaje:

Sobre los campos del valle de Comala está cayendo la lluvia. Una lluvia menuda, extraña para estas tierras que sólo sabe de aguaceros. Es domingo. De Apango han bajado los indios con sus rosarios de manzanillas, su romero, sus manojos de tomillo...

Los indios bajan de sus comunidades y parajes en las alturas serranas tanto en Rulfo como en Tablada. Caminan por los “polvosos caminos” e imprimen ahí sus huellas:



Códice Boturini (fragmento), siglo XVI

Quedaron los polvosos caminos
como los viejos códices
estampados con pies de peregrinos.

Esas estampas son las huellas o *xocpalli* de los códices prehispánicos, como el Boturini o “Tira de la peregrinación” (tengo a la vista una reproducción mientras redacto estas líneas): filas de diminutos pies descalzos, testimonio del camino andado. La imagen o descripción de Tablada es perfecta en su exactitud pictográfica, en su perspectivismo.

Cualquier día de mercado en México es posible ver el espectáculo descrito por el poeta y por el novelista. De mis largas estancias en el estado de Chiapas, conservo el vivo recuerdo de cómo los indígenas de las inmediaciones bajaban a la ciudad de San Cristóbal de Las Casas, al mercado dominical.

La imagen de José Juan Tablada en 2012 es la de un “innovador”. La opinión alrededor de esa imagen —Tablada visto como un “poeta joven” — fue formulada en los años veintes, cuando el poeta era un cincuentón, y por lo tanto el extraño elogio parecía paradójico; lo refrendó Octavio Paz en la antología *Poesía en movimiento* (1966) y desde entonces se repite y se reproduce dócilmente, sin revisión, sin crítica.

Tablada es un poeta apenas leído o estudiado, en su caso con una variante curiosa —es un poeta muy “visto” y citable (se ven sus poemas ideográficos y se citan, en el mejor de los momentos, sus brevedades japonesas, algunas de ellas en verdad memorables y muy hermosas). El metro y la rima no están ausentes de los poemas visuales de Tablada: dentro de la innovación hay, entonces, una porción grande de clasicismo, métrica observada u obedecida; el hecho no se menciona, o sobre ese punto apenas se habla. Está, además, el exotismo, la relación de Tablada con el Japón, con México, con las vanguardias —ese exotismo lleno de curiosidad, emanación de las crisis, las primera de las cuales, en el siglo XX, se desplegó en los años posteriores a la Primera Guerra Mundial.

Los chiquihuites y los chalchihuites del “Tianguis” de Tablada me seguirán acompañando a lo largo del camino y sus *xocpalli*. **U**